



Los guerrilleros se organizaron en las zonas campesinas, al lado de las masas indias más desheredadas, bajo el lema: «La tierra o la muerte».

PERU: ¿REFORMA O REVOLUCION ?

TRICOTAS estándar, ponchos típicos, vasijas de barro, habas asadas, pulseras de lata, cinturon repujados, chorizos calientes, caramelos multicolores, peines de plástico, carteras tejidas, y alfombras de piel, y prendedores de plata, y revistas argentinas, y brochettes de corazón de vaca humeantes; todo sobre las aceras. El centro de Lima es un mercado gigante. Un mercado que avanzó indetenible desde los suburbios, y se instaló en el corazón de la «ciudad horrible». Indescifrables, lejanos indios y mestizos, ofrecen, sin insistir, su mercancía. «¿Es verdad que aquí hubo una revolución?». «No, los que dicen eso, mienten. ¿Dónde has visto, mamacita, una revolución sin sangre y sin fusiles?».

«¿Esta no es, entonces, una revolución?», vuelvo a preguntar más tarde. Y el estudiante de ingeniería, ojos negros, pelo brillante y lacio, piel amarronada y ter-

sa, de mestizo: «Si, ¿qué significarían si no los cambios estructurales que sin pausa se han ido sucediendo?».

«¿Una revolución? —dice María, asistente social, católica de la Iglesia nueva—. ¿Qué tiene esto de revolución? ¿Dónde está el pueblo? Los que gobiernan gol-

cuentra que los signos con que comúnmente se maneja, esta vez no le sirven.

Y en la búsqueda de la verdad, de hechos que la hagan visible, de testigos locales que conozcan el idioma nativo de los sucesos, es posible llegar a la total confusión, a la certeza de que elaborar

ria de posguerra, cuando el aprismo entró en la legalidad. Yo me recuerdo a mí mismo por las calles de Lima de la mano de mi padre gritando consignas radicales y anticomunistas. Era aún muy niño, pero está muy claro todo esto en mi memoria: la imagen de Haya de la Torre ante una muchedumbre enloquecida: «Colguemos a la oligarquía, hagamos con ellos chicharrones gigantes». Y la masa perdiendo la cabeza con estas amenazas. Los que en la oportunidad no perdieron la cabeza fueron los comunistas, que a pesar de la apariencia revolucionaria de las consignas, vieron al aprismo como la representación clara de los intereses burgueses. Y si vamos a los orígenes de sus dirigentes, todo se torna más inteligible: provenían de una oligarquía desplazada, en la cual uno de sus componentes más punzantes, y tal vez sólidos, era el resentimiento. Rascando

MÁRIA ESTER GILIO

pearán a la oligarquía o al proletariado de acuerdo con sus fines». «¿Y son sus fines desarrollar el país?». «Sí, reformismo burgués. Andamos con el idioma a los tumbos, sabemos lo que pasa con la palabra democracia... pero a esto que estamos viviendo, en español no se le llamó nunca "revolución"».

Y el extranjero que arriba de golpe a Perú y quiere saber, en-

desde afuera una posición acertada y coherente es casi una utopía.

Héctor Béjar

—Mi padre era aprista. El aprismo, en sus orígenes, se confunde con las corrientes liberales de izquierda. Estábamos en el cuarenta y cinco, en plena cuf-

PERU

en la pasión y en la violencia de los planteos apristas, rápidamente aparecía el resentimiento mostrando sus telas. Su líder, Haya de la Torre, era un típico representante de esa alta clase empobrecida venida a menos. Pero como suele ocurrir, arrastraba consigo el respeto de los grupos dominantes que no habían dejado de ser sus pares. Los hechos demuestran la consecuencia de esto. Mientras Haya caía preso con todo honor y elegancia, los obreros de su partido eran fusilados como delincuentes. En mil novecientos treinta y dos se produjo el levantamiento de Trujillo. En el curso de unos días fueron fusilados seis mil obreros. Simultáneamente, Haya de la Torre circulaba tranquilo por las calles de la misma Trujillo.

—¿Cuál fue el programa del aprismo cuando a partir de la victoria aliada volvió a la legalidad?

—El aprismo tuvo siempre una gran capacidad de adaptación, explotó la euforia democrática que siguió a la victoria aliada. Tomó la bandera de la democracia dándole atractivos ribetes nacionalistas y progresistas.

—¿Qué significaba como programa?

—Nacionalización de tierras e industrias, internacionalización del canal de Panamá y anti-imperialismo.

—¿Hubo una política coherente con estas proposiciones?

—Sería muy largo historiar todo, pero los años que siguieron a esta especie de breve eclosión democrática condujeron a demostrar el carácter únicamente oportunista de las consignas y la esterilidad y corrupción del parlamentarismo burgués. Grandes grupos de jóvenes fueron convencidos de que la democracia burguesa era un trampa sin salidas. Dentro de todos los sectores honestos de la izquierda empezaron a replantearse posiciones que habían tenido, hasta el momento, la aureola de lo infalible. En el seno mismo del partido comunista, un debate pasó al orden del día: «¿Cuál es el fin del partido comunista?».

—Hasta que la revolución cubana echó una nueva luz sobre la polémica...

—Sí, a partir del cincuenta y nueve, las juventudes del partido comunista y del aprismo hacen su propia evolución política. La revolución pasó a ser algo que había que hacer en un futuro cercano. Muchas de las consideradas herejías pasaron a ser reexaminadas. Ahora todo parece fácil, claro, pero si volvemos para atrás, tal vez podremos tener concien-

cia de lo importante que fue ese cambio.

—Tan importante que la guerrilla fue una de sus consecuencias... ¿A qué atribuye el fracaso de la guerrilla?

—Sería largo hacer un análisis exhaustivo, pero creo que deberíamos empezar por la falta de unidad entre los grupos guerrilleros. Es cierto que había diferencias tácticas, pero éstas no hubieran sido insalvables si el análisis político se hubiera hecho con más efectividad y menos pasión. Pero en los hechos existía una rivalidad que sólo sirvió para debilitar y desgastar ambos grupos. Sectarismo e intereses de grupo, por encima de los verdaderos intereses revolucionarios. Y los hechos han sido, en este sentido, jueces implacables. Alcanza con pensar que las guerrillas de ambos grupos combatían, a apenas unos kilómetros de distancia una de otra, contra un enemigo común. Sin saber que un gesto hubiera bastado para unir sus fuerzas multiplicándolas.

—Pasado al presente, ¿cuál es su posición frente al proceso que en este momento se desarrolla en Perú?

—Le presto mi apoyo... un apoyo crítico.

—Muchos de sus antiguos compañeros, o una gran mayoría de ellos, se mantienen al margen, dicen que no ha habido cambios sustanciales. Que no estamos frente a un proceso revolucionario.

—Para mí, lo importante no es lo que digan, sino las razones por las que lo dicen.

—¿Cuáles son?

—Fundamentalmente, sectarismo. El sectarismo es una enfermedad difícil de curar. Son sectaristas, pues, que creen que sólo es válida la revolución que ellos proponen.

—¿Esta es una revolución, entonces?

—Hay cambios estructurales. El poder económico de las oligarquías, ligado a la Banca, al latifundio, a la gran industria, paulatina y sistemáticamente, les ha sido cortado.

—Enuméreme las transformaciones importantes que en ese sentido realizó este Gobierno.

—Transferencia de la tenencia y la propiedad de la tierra del terrateniente al campesinado y al proletariado agrícola, monopolio por el Estado de la comercialización de la harina de pescado, de los productos mineros y de la refinación de minerales. Expulsión de la IPC, compra de varios Bancos y de la Compañía Peruana de Teléfonos.

—Todo esto significa, sin nin-

FISONOMIA PO



El Presidente Velasco Alvarado, en el salón Bolognese, bajo el retrato del general del mismo nombre.

guna duda, un cambio importante. Podemos hablar de cambios esenciales en lo que tiene que ver con la economía. Pero, ¿qué pasa en el nivel político? La oligarquía ha perdido sus grandes prerrogativas económicas, ha perdido, en gran parte, su poder político... Sin embargo, no ha habido un traslado de ese poder político hacia el pueblo, no hay signos que hagan pensar en esto como en una realidad. No hay nada que haga pensar que es el pueblo el beneficiario de este proceso. En todo caso, sería un beneficiario indirecto. Pensemos en los valores que se fomentan a través de los medios de comunicación. Son los valores que corres-

ponden a cualquier sociedad capitalista que está a kilómetros de distancia de tener en cuenta una posible transformación del hombre. ¿Qué hay de una campaña de alfabetización? Hace tres años que dan vueltas con el problema. Pero, ¿se ha hecho algo en serio en cantidad y calidad? Yo he estado en Casa Grande, Cartavio y Paramonga, los grandes complejos agroindustriales transformados en cooperativas. Bueno, allí hablé con los obreros... ellos sienten que el poder pasó de los antiguos dueños a los técnicos y a los militares. Creo que el sentimiento más difundido es el de que han cambiado de patronos.

—¿Concordamos en que los

LITICA DEL PERU

El 3 de octubre de 1968, un golpe de Estado sustituyó al Presidente Belaunde por el general Velasco Alvarado en el Perú: los militares, una vez más, se hacían cargo del poder. Pero en esta ocasión todo iba a ser distinto. El Ejército había intervenido varias veces en la vida política del país en socorro de las oligarquías, para contener el avance populista del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) de Haya de la Torre. En 1962, el Ejército había anulado las elecciones que daban la victoria al APRA, y había mantenido el poder hasta la elección tranquilizadora de Belaunde Terry. El golpe de Velasco Alvarado, por el contrario, se enfrentaba con las oligarquías. Estaba inspirado por el CAEM (Centro de Altos Estudios Militares), escuela de investigación para los militares a partir de la graduación de coronel, y también para altos funcionarios civiles (los civiles también pueden ser profesores). Fue fundado en 1950 por el coronel José del Carmen Marín, que tenía las ideas de que la defensa nacional está subordinada al bienestar social, y que las fuerzas armadas deben interesarse en el «potencial global nacional» y en salir del subdesarrollo. Cuando se produjo el movimiento guerrillero, el Ejército, que participó de una manera decisiva en su aniquilación y que realizó durante la época de Belaunde una represión absoluta, explicó que si las ideas del CAEM se hubiesen puesto en práctica, la agitación guerrillera no habría existido. Algunos de los grupos de la izquierda, incluso formaciones guerrilleras como la Federación de Campesinos del Centro, aprobó las ideas de los militares. El CAEM preparó el

golpe de Estado, lo puso en práctica y Velasco Alvarado —general de origen humilde: con sangre india en las venas y con una carrera militar que se inició sentando plaza como soldado— inició el nuevo régimen incautándose de la International Petroleum Co. —filial de la Standard— y enfrentándose con los pesqueros de Estados Unidos mediante una ampliación de aguas territoriales. Las medidas parecieron complacer a izquierdas y derechas. Pero el régimen de Velasco Alvarado comenzó a recoger también los más violentos ataques. Se le acusaba de fascismo y también de comunismo. Velasco había llamado a su lado «aun a aquellos que se sitúan en el rojo vivo, porque también hay entre ellos verdaderos patriotas». Llamamiento, como se ve, bastante matizado. Pero en la URSS, pasado el primer período de expectativa, comenzó a exaltarse el régimen peruano, «anti-imperialista y progresista», «democrático y revolucionario» (en la revista «América Latina», febrero de 1971, una revista dirigida por el hijo de Mikoyan), y Fidel Castro aprobó la reforma agraria de 1969 como «la más radical que se haya hecho nunca en América Latina». Se distribuían tierras, se creaban las «comunidades obreras» —los trabajadores deben recibir cada año el 15 por 100 de los beneficios en las industrias, hasta que la acumulación de estos porcentajes dé a la comunidad la propiedad total de la empresa—. Todo ello tiende a una socialización. Sin embargo, aún es muy fuerte el poder de la empresa privada, y dicen los críticos —de izquierda— de esta revolución que en realidad ha servido para acrecentar los bienes priva-



Fernando Belaunde Terry, al que el general Velasco sustituyó tras un golpe de Estado, en octubre de 1968.

JUAN ALDEBARAN

dos mediante un nuevo estímulo sin salida al trabajo obrero y campesino.

Apoyado a la vez por soviéticos y cubanos, declarado enemigo por los Estados Unidos —contra el que acaba de renovar su desafío en la reunión de Panamá del Consejo de Seguridad de la ONU—, el régimen tiene que contar en el interior con la colaboración del partido comunista y de los castristas. Cuenta también con trotskistas, con maoístas —reanudó sus relaciones con Pekín— y con otros grupos de la izquierda. Pero no con todos.

Los hay —como los que siguen a Ricardo Pumaruna Letts, autor del libro «Perú: ¿revolución socialista o caricatura de revolución?»— que creen que el reformismo militar no va más allá del capitalismo de Estado y de un sistema de economía mixta que «no hará más que extender la explotación y favorecer el imperialismo». Pero el régimen ha traspasado ya sus cuatro años y medio de poder y parece sólido. Va a serlo más con el peronismo triunfante en la Argentina, como también le apoya el socialismo chileno. La revolución se mantiene. Vigila ahora sobre ella el Coap, Comité de Consejeros Ayudantes de la Presidencia, dirigido por el general Graham Hurtado: trece militares que controlan la política de la revolución. De Graham Hurtado se dice que es el verdadero cerebro del Perú, más aún que el propio Velasco Alvarado. De esta oficina sale la «estrategia» de la reforma, que se dice ajena al capitalismo y al comunismo. Según Hurtado, la revolución peruana no ha conseguido más que el 20 o

el 30 por 100 de sus objetivos: todo debe aún cambiar en el país, no sólo las estructuras, sino «el hombre mismo», contando con que el indio peruano ha sido maltratado y humillado durante cuatrocientos años, y hacerle recuperar la dignidad no es una tarea inmediata... Los líderes de la revolución proclaman que quieren hacerla sin suprimir las libertades, sin prisioneros políticos, sin cárceles, sin efusión de sangre y permitiendo que los partidos políticos y los periódicos de oposición continúen existiendo; sin embargo, los grupos de la izquierda que han quedado fuera del sistema aseguran que no sólo hay cárceles, sino torturas, y que izquierda y derecha del régimen colaboran estrechamente para que no se sepa. Hay numerosas dificultades económicas en el Perú: sus gobernantes las explican diciendo que hubieran podido evitarlas posponiendo las reformas sociales, pero que el sentido humanista de su revolución les ha aconsejado mejorar ya la vida de cada hombre, «que no tiene otra que vivir». La mística de la revolución la da el libro azul de citas del Presidente Alvarado, los retratos del caudillo Tupac-Amaru (de quien tomaron su nombre los tupamaros), el indigenismo, como bases para un nacionalismo. Con respecto al futuro, se promete que será «solidario y participacionista», como palabras sustitutivas del socialismo, aunque este término se emplea frecuentemente, sobre todo como verbo: socializar. Se indica que en ese futuro el Ejército volverá a sus cuarteles, aunque por ahora no tenga ninguna prisa en hacerlo: está desarrollando su misión. ■

puntos básicos de la izquierda latinoamericana en materia económica han sido llevados adelante por este Gobierno?

—Sin entrar en detalles, sí...

—Lo que usted dice respecto al pueblo es verdad, pero sería sectarismo afirmar que un proceso revolucionario sólo puede empezar con el pueblo. Y sería deshonesto decir que un proceso revolucionario puede culminar y realizarse sin él. Este proceso empezó de acuerdo con esquemas diferentes... Yo, como hombre de izquierda, siento que mi papel en este momento es poner toda mi capacidad, mi fuerza y mi pasión en empujarlo. Por supuesto, sin perder mi sentido crítico.

Ricardo Gadea

—¿Hay alguna relación entre usted y la primera mujer del «Che»?

—Sí, soy su hermano —dijo mirándose con expresión socarrona.

—No debe pensar que es por ese mérito que le hago el reportaje.

—Está bien.

—¿En qué momento surgió el MIR como grupo?

—En el cincuenta y nueve..., salimos del APRA.

—¿Qué los indujo a separarse del aprismo?

—El APRA estaba entregado a

una política de alianza con el pradismo, una política de apoyo a la oligarquía. Haya de la Torre presentaba esta alianza como único expediente para salir de la sombra a que había sido condenado y volver a la legalidad. Pero nosotros no lo aceptamos, sobre todo los jóvenes; formamos un grupo, el APRA rebelde, que en el transcurso de dos años se transformó en el MIR.

—¿Consideraban ya en ese momento que el papel de la clase campesina era fundamental para la toma del poder?

—Sí, fue entre el sesenta y uno y el sesenta y dos que el MIR comienza su trabajo con las masas

campesinas. En el sesenta y tres dirige, en Piura y Cajamarca, la formación de veintitrés sindicatos de trabajadores rurales.

—Esta actividad coincide con la de Hugo Blanco en el Sur...

—No, es posterior. Blanco había sido ya totalmente dominado en el Sur y puesto preso. En esa zona, el MIR logró en el momento vincularse al campesinado del Cuzco. Pero el acercamiento y apoyo de las masas campesinas alertó al régimen. En mil novecientos sesenta y cuatro acusaron a De la Puente, Lobatón y a mí de haber complotado para asesinar al Presidente alemán, de visita en el país.

—¿Era verdad?



**usted,
su coche, sus neumáticos Xas
un equipo invencible**

MICHELIN

inventor y primer fabricante mundial de neumáticos radiales



PERU

—No, era un invento... esos métodos no se usaban todavía. Buscaban simplemente atacarnos. El MIR sintió que era imprescindible armarse, prepararse para los golpes que vendrían a intentar destruirnos. Se organizan, en las zonas campesinas, células clandestinas armadas.

—¿Actúan militarmente?

—En junio del sesenta y cinco se toma una mina, varios puestos policiales se expropiaron y distribuyen víveres almacenados por hacendados, se toman cuatro haciendas... Estas fueron, ahora, las primeras expropiadas por el régimen.

—¿Se habrá buscado tal vez con esta expropiación calmar la rebeldía del campesino de la zona?

—Seguramente, sí.

—Toda esta experiencia de la que usted me habla parece bastante distinta de la del grupo de Béjar.

—Absolutamente distinta. Su tesis es netamente foquista. La gente pasaba de la ciudad a la selva sin que un trabajo con el campesino la precediera. Se trataba de grupos militares que llegaban a la sierra y comenzaban a prepararse para pelear... sin labor política previa de masas.

—El trabajo de masas podría realizarse paralelamente a la preparación militar...

—No servía, había que prever lo que luego la realidad confirmó. Cuando la represión golpea es imposible resistir si no hay una masa atrás ya preparada y consciente. Para obtener el apoyo del campesinado es necesario un trabajo intenso y largo. Si no, el campesinado se asusta, se retrae, puede transformarse en un enemigo. Yo quiero hacer notar que a la guerrilla peruana se la tachó de foquista. Pero sólo el ELN creyó en el foco como un método eficaz de lucha. El ELN partía de las bases de que, dados los términos en que se desarrollaba la represión, todo intento de destacar cuadros revolucionarios que concientizaran y prepararan las masas campesinas, equivalía a revelar al enemigo los movimientos previos de la insurrección. En los hechos, el MIR se encargó de demostrar lo contrario: todo el año sesenta y cuatro se dedicó, con éxito, a esa tarea de politización.

—¿Cuál es actualmente la posición del ELN, o de Béjar, concretamente, frente al proceso peruano?

—En términos generales lo apo-

ya, y esto se explica si pensamos que siguen en pie sus constantes ideológicas: desconfianza en las masas, ilusión de que con un grupo de intelectuales se puede hacer una revolución.

—Usted entiende que el ELN fracasó en la guerrilla por falta de conexión con las masas. Pero el MIR, que actuó de manera diversa, que formó grupos campesinos de apoyo, también fracasó. ¿Cómo lo explica?

—Sí, también fracasó... Teóricamente, la lucha estaba bien planteada. Pero en los hechos había cosas que no podían funcionar: poca experiencia y poca madurez en los dirigentes del MIR, gente de origen pequeñoburgués, sin una sólida formación marxista. Los errores, entonces, se colaban... Hay, además, una situación que se ha repetido en Latinoamérica: la falta de apoyo de la izquierda tradicional.

—¿Está hablando del partido comunista?

—Entre otros..., pero el partido tradicional nos dio, por lo menos, cierto apoyo moral. El maoísta nos hizo una oposición muy du-

ra, el trotskismo mantuvo una actitud crítica. Sólo algunos jóvenes de estos sectores apoyaron, pero descoordinadamente.

—Usted estuvo con De la Puente en la guerrilla...

—Sí, hasta julio del sesenta y cinco..., en Pachacúte. En ese momento tuve que salir hacia Lima, pues varias cabezas habían caído. Durante un año estuve clandestino. En abril del sesenta y seis fui detenido. Sin saber quién era, varios diarios de la capital publicaron mi foto. Eso me salvó la vida. Fui reconocido. Se hacía difícil hacerme desaparecer como a muchos.

—¿Cuánto tiempo estuvo en prisión?

—Cinco años.

—¿Cambió en algo su visión política en esos cinco años?

—En cuanto a que sólo la revolución socialista puede oponerse al dominio imperialista y burgués.

—Eso lo pensaba antes, ¿no?

—Ahora lo veo más claro.

—De alguna manera, con eso quiere decir que este Gobierno no cumple con esa función de

oposición al dominio imperialista y burgués.

—Eso quiero decir..., por ahora no cumple.

—¿Cuál es la posición del partido comunista frente al actual Gobierno?

—Lo apoya.

—¿Qué opina usted respecto de ese apoyo?

—Pienso que vuelven a equivocarse. Mientras existió la guerrilla, no la apoyaron, tachándola de foquista, cuando en realidad el MIR mantenía una masa armada y consciente que hacía falsa toda acusación de foquismo. Y ahora vuelven a equivocarse al apoyar a este Gobierno compuesto de pequeñoburgueses y burócratas militares. No creo que pueda esperar mucho de ello un partido que se dice revolucionario. Béjar considera que criticar a la izquierda que apoya este Gobierno, significa volver a caer en esquematismos. Según él, estamos ante otro esquematismo de izquierda. El comunismo fue esquemático al rechazar la guerrilla: hoy la izquierda nueva es esquemática al no apoyar a este proceso, porque

Los habitantes de Llamac, en los Andes, lloraron la muerte de Paulino Carrera y Lorenzo Gamboa, muertos por la Policía cuando trataban de evitar un deshaucio.



no se ajusta exactamente a sus exigencias.

—Yo creo que ni la izquierda nueva rechaza el proceso de plano, ni el partido comunista lo apoya incondicionalmente.

—Sí, eso es verdad; en realidad, el partido comunista apoya a los elementos progresistas de la Junta. Pero aun así, entendemos que ese apoyo es peligroso. No contribuye a formar una vanguardia. Pierde de vista los grandes sectores populares de la izquierda, es decir, aquellos con los que la izquierda tendrá que contar si quiere llegar a los fines que parece proponerse. En definitiva, están prestando su apoyo a lo que, por ahora, es apenas un tibio reformismo burgués.

—Los partidarios de la Junta hablan de «revolución a la peruana».

—Puede llamar al fenómeno como quiera, eso no cambia su esencia.

—¿Cuál es para usted su esencia?

—No hay nada revolucionario en la fórmula: empresarios, trabajadores y Gobierno marchan juntos. En algún sentido, esto puede mejorar la situación del trabajador. Pero, ¿en qué proporción la empeora?, ¿hasta qué grado esta situación de socio de la empresa no le hace perder de vista sus verdaderos objetivos? Se le crean perspectivas engañosas, se le desvía de sus verdaderos intereses de clase, se le coloca en una situación tal que la huelga se transforma en un contrasentido. Pero la huelga es un contrasentido cuando los medios de producción han pasado a manos de la clase obrera. Sólo en ese caso, el trabajador puede renunciar a ese derecho.

—¿La oposición del MIR es sistemática? ¿En ningún caso presta su apoyo? Supongamos que el Gobierno iniciara una seria campaña de alfabetización.

—Si el Gobierno toma auténticas medidas progresivas, vamos a apoyarlo.

—¿Lo han hecho?

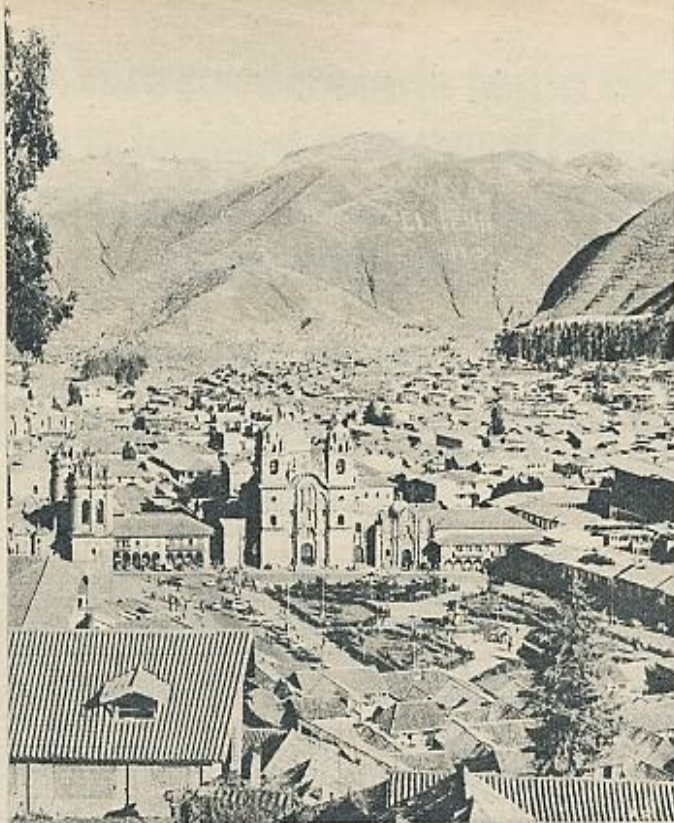
—Sí, lo hemos hecho...; por ejemplo, frente a actitudes anti-imperialistas.

—¿Cuál es la posición del Gobierno frente a este apoyo?

—El Gobierno lo rechaza. El Gobierno rechaza el apoyo popular cuando éste toma actitudes muy independientes y decididas.

—¿Cómo se explicaría este rechazo?

—La Junta es a menudo muy desconcertante. Nosotros en este momento preconizamos una uni-



Cuzco, la antigua capital de los incas.

PERU

dad de las izquierdas en torno a un programa anti-imperialista. Creemos que esto es una bandera que aglutinaria a la izquierda alrededor de una necesidad real que llenará un gran vacío.

—¿El Gobierno no ve esto con buenos ojos?

—El Gobierno no ve con buenos ojos ninguna forma de unidad popular que no provenga de su promoción directa... que escape a su control estricto.

—Teme que la situación se le escurra de las manos...

—Seguramente...

—Este Gobierno busca desarrollar el país, ¿usted comparte esa idea?...

—Sí, es evidente que su fin es modernizarlo, desarrollar la industria, la minería...

—Hay gente, gente con capacidad política y honestidad, con antecedentes revolucionarios, que le llaman a esto revolución. ¿Cómo lo entiende?

—Se confunden, porque el cambio es muy importante. En Perú nunca ha habido cambios en este estilo.

—¿Cuál ha sido la actitud de la Junta frente al imperialismo?

—Podríamos hablar de dependencia «negociada». La dependencia no se rompe, se disminuye.

—No parece mucho...

—No es mucho, no. El imperialismo absorbe el cambio. En este terreno no se puede andar con medias tintas. La situación de disminución de la dependencia no es una situación que pueda mantenerse estática. O se profundiza y se va al fondo, a la búsqueda

de la independencia total a través de una auténtica revolución, o comienza un retroceso que conduce al fracaso y todo se va al demonio.

—Usted me decía que la Junta rechaza el apoyo de la izquierda organizada... Sin embargo, la Junta habla a menudo de una futura movilización social. ¿Cómo piensan hacerla?

—Hasta ahora es apenas un proyecto. La Junta tiene elementos muy heterogéneos; hay un sector de pequeños burgueses que apoyan la movilización, pero no el resto. La resistencia de los sectores conservadores de la Junta es muy grande. Pero si a pesar de esto se promoviera desde arriba una movilización popular, las fuerzas de izquierda se plegarían, empujarían.

—Bueno, ¿pero la Junta aceptaría esa colaboración de la izquierda o trataría de neutralizarla?

—Seguramente trataría de neutralizarla, con lo cual condenaría la movilización antes de nacer. A través de una oficina burocrática que impusiera la movilización desde arriba, no hay auténtica movilización que camine. No niego que ese comienzo puede ser importante, pero no va a marchar si se impide que los sectores de izquierda anti-imperialista y anti-oligárquicos impulsen desde las bases.

—Tal vez la conducta que últimamente ha observado la Junta respecto de algunos dirigentes mineros, que mantenían disidencias, es un indicio de esa actitud que usted describe.

—Es posible relacionar ambas cosas. Observe la situación: los dirigentes mineros son llamados por altas personalidades del Gobierno y conminados al quietismo bajo amenaza de ser condenados como agitadores. Simultáneamente, el Gobierno pide los libros de los sindicatos.

—¿Con qué fin?

—¿Con que fin? Se piensa que para acusarlos de malversación de fondos.

—¿Qué buscarían con esto?

—Intervenir los sindicatos. En el sesenta y nueve hubo veinte huelgas en las minas; en el setenta, las huelgas fueron setenta.

—¿Es menos conflictiva la situación con los campesinos beneficiados por la reforma agraria?

—Depende de dónde. En aquellas zonas donde los campesinos no recibían ni salarios, la reforma fue un paso importante. Pero, ¿qué significa reforma agraria para aquellos campesinos que en un momento fueron dueños de la tierra porque la tomaron por la fuerza? ¿Qué es lo que esta reforma agraria les ofrecía? Les ofrecía la tierra, pero a cambio de un pago y con una propiedad muy diferida. En un mitin, una masa de campesinos rechazó la reforma con violencia e indignación. No era esa la reforma que ellos querían.

—En definitiva, ¿usted podría decir que este proceso ha promovido reformas estructurales?

—En el nivel económico podría decir que sí, en algunos sectores. Pero al mismo tiempo se siente que en el terreno político se está frenando todo cambio.

—Por ahora no hay ni sombra de una transferencia del poder a los trabajadores, eso es muy claro. Pero yo le pregunto: ¿se vislumbra algún mecanismo que haga pensar en una participación efectiva a un plazo más o menos corto?

—Si analizamos el panorama que tenemos delante, sólo podremos ver muchas contradicciones, muchas ambigüedades, un querer y un no querer de los que gobiernan. Hubo un primer intento de promoción de las bases al comienzo... y luego un retroceso.

—¿Qué va a pasar?

—Qué va a pasar, no sé. Sé que si no se busca una movilización que venga desde abajo, que haga posible al pueblo llegar al ejercicio del poder efectivo, todo lo que se ha hecho, aquellas cosas que sin temor podemos denominar progresistas, están destinadas a perderse. ■ M. E. G.